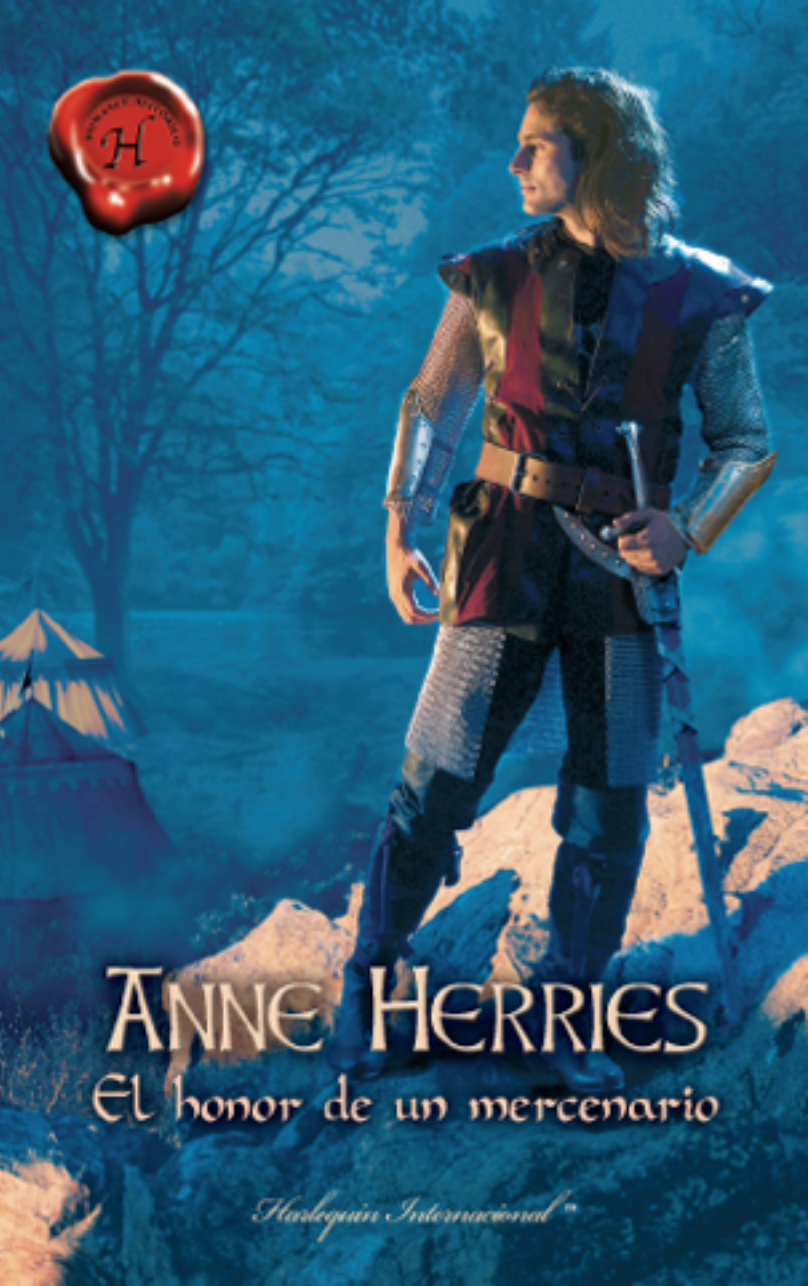

ANNE HERRIES
El honor de un mercenario
Harlequin Internacional

Uno

Stefan, lord Montfort, bajó la vista hacia el cuerpo de la mujer que yacía a los pies de su asesino. La mujer había traicionado a Stefan, atrayéndolo hasta allí para matarlo, pero en lugar de él era ella la que estaba muerta, asesinada por el hombre que, una vez más, había conspirado contra Stefan para acabar con su vida.

—Sois un vil asesino —lo acusó Stefan, mirando a los ojos a su enemigo con mirada dura. Él era un hombre fuerte, de anchos y poderosos hombros, motivo por el cual su enemigo le había tendido una trampa para atraparlo en vez de enfrentarse a él abiertamente—. Ella hizo todo lo que le pedisteis que hiciera y pese a todo la habéis matado… —miró a su alrededor, buscando el arma. No había llevado su espada a la habitación de una dama a la que consideraba inocente, de modo que se encontraba desarmado.

—Vos sois el asesino —replicó sir Hugh, con una malvada sonrisa en los labios—. Puesto que mi intención es veros muerto y para ello debía silenciarla. Ya ha servido su propósito. Además, cayó encima de mi espada, que, como bien sabéis, os estaba reservada a vos.

—Sois un demonio despiadado —dijo Stefan.

Estaba atrapado en aquella casa, porque sir Hugh no estaba solo. Stefan no debería haber cometido la estupidez de acudir allí solo y desarmado, pero lady Madeline le había suplicado que la ayudara. Se fijó en que la ventana estaba abierta y supo que aquélla podía ser su única vía de escape. Sin embargo, cuando intentó acercarse con sumo cuidado a ella, sir Hugh se lanzó sobre él con su espada y le causó un leve corte en el muslo. Stefan esquivó el ataque retrocediendo un paso, al tiempo que tomaba un taburete de madera a modo de escudo. Sir Hugh se echó a reír como el demonio que era, consciente de que Stefan estaba atrapado y seguro de que esta vez saldría vencedor.

—Debería haber terminado con vos la última vez que nos vimos —dijo Stefan.

La cicatriz que sir Hugh llevaba en la sien daba testimonio del último enfrentamiento que había tenido lugar entre los dos muchos años atrás.

—Esta vez yo cuento con ventaja… —gritó sir Hugh, con ojos rebosantes de triunfo—. Os odio desde que éramos niños y me hicisteis esto… —se señaló la cicatriz—. Vuestro hermano era un mocoso arrogante y disfruté mucho matándolo, pero vos…

Se detuvo al oír que la puerta se abría para dar paso a un hombre de gran tamaño. Iba ataviado con indumentaria oriental, tenía la cara llena de cicatrices horrendas, la cabeza cubierta con un turbante, una cimitarra de mortífero aspecto en una mano y una espada en la otra.

—Tal como imaginaba, esa mujer te había tendido una trampa —dijo Hassan al tiempo que lanzaba la espada a Stefan, que la atrapó limpiamente por el

mango. Pero casi no le había dado tiempo a hacerlo cuando sir Hugh se lanzó sobre el recién llegado, amenazándolo con su enorme espada entre salvajes gritos de cólera.

—¡Perro sarraceno! ¡Deberías haber muerto hace mucho tiempo!

Hassan contraatacó. Con su infalible acero trazó un veloz arco en el aire y logró apoderarse del arma de su atacante. Con un giro de muñeca lanzó la espada lejos y ésta voló rozando la superficie del suelo. Acto seguido, la cimitarra de Hassan impactó contra el cuerpo de sir Hugh. Herido de muerte, sir Hugh cayó al suelo mientras se desangraba. Su cuerpo se convulsionó durante unos minutos, con expresión de incredulidad en los ojos, y finalmente quedó inmóvil.

—Este hombre malvado no volverá a molestarnos —dijo Hassan con una mirada de satisfacción en los ojos—. Ya no torturará ni asesinará más.

—Sí —convino Stefan—. Acabas de hacer lo que yo habría hecho hace mucho tiempo, Hassan. Y ahora tenemos que irnos. Sus hombres se acercan…

Stefan se dirigió hacia la puerta espada en mano. Los sonidos del enfrentamiento que acababa de tener lugar en la estancia habrían alcanzado, sin duda, los oídos de los hombres de sir Hugh Grantham. Tendrían que luchar para salir de allí, codo con codo, como habían hecho tantas otras veces, camaradas y hermanos que prestaban su espada a todo aquél que pagara por sus servicios.

Anne Melford se detuvo a contemplar al grupo de danzantes tradicionales que estaban actuando en el

prado del pueblo. Daba gusto verlos bailar, con los cascabeles que llevaban atados a las piernas con unas tiras de cuero tintineando alegremente al son de la giga que tocaba el violinista. La feria de todos los veranos había llegado a Melford y lady Melford había prometido a su hija que irían a comprar telas para hacer vestidos nuevos, tal como tenían por costumbre. Normalmente le habría resultado un plan agradable, pero Anne frunció el ceño al tiempo que se alejaba de las celebraciones. Desde que su hermana Catherine se casara tres años atrás, Anne se sentía inquieta en casa. A veces se desesperaba pensando en la visita a la corte en busca de un marido. Sus padres habían estado hablando de ello el año anterior, pero entonces su hermano pequeño cayó enfermo y la visita quedó pospuesta. A la edad de dieciséis años habría sido normal que Anne hubiera estado, al menos, prometida y desde entonces llevaba años pensando en el matrimonio.

Hubo un tiempo en que creyó estar enamorada de Will Shearer. Temió que Catherine pudiera casarse con él, pero su hermana se enamoró de Andrew, conde de Gifford. Anne la visitaba de cuando en cuando y envidiaba la felicidad que ella y su esposo compartían. Ya no estaba tan segura de con quién deseaba casarse, porque se sabía que Will se había desposado recientemente con su amante, una mujer que no pertenecía a su misma clase social. Éste había hecho enfadar terriblemente a su madre con su matrimonio y, al principio, Anne se había sentido muy dolida porque se había convencido de que él llegaría a amarla algún día. Sin embargo, la pena había dado

paso a una sensación de vacío e incertidumbre que no había hecho sino incrementarse con el tiempo. Tal vez su madre hubiera llegado a la conclusión de que sería mejor para ella que se quedara en la casa familiar. También era posible que no llegara a casarse nunca…

Mientras atravesaba el prado, Anne se fijó en los dos jinetes que se aproximaban. No sería inusual si no fuera por que uno de ellos iba vestido de manera un tanto extraña con unos ropajes sueltos y largos que le cubrían las piernas. Llevaba la cabeza cubierta con una especie de pañuelo que mantenían oculta la parte inferior de su rostro. Anne alcanzó a verle los ojos negros y la nariz, y se fijó en que el tono de su piel era como el de una brillante nuez, igual que las manos con que sujetaba las riendas de su montura. El otro hombre iba ataviado como correspondería a un noble, aunque no al estilo inglés, y al mover la vista con curiosidad hacia él, Anne pudo comprobar que poseía un atractivo rostro, fiero y orgulloso, con unos ojos tan azules como el cielo de verano. Vio entonces la mancha oscura que ennegrecía sus calzas de seda y no pudo por menos de preguntarse si sería sangre seca.

El hombre se había percatado de su interés y entornó los ojos con una mirada gélida y desafiante. Anne se quedó petrificada. ¿Qué podía haberle hecho ella para que la mirara de esa forma? Notó la hostilidad que desprendía aquel hombre y con un escalofrío apretó el paso, nerviosa. Sabía que aquellos dos hombres eran desconocidos en el pueblo y se preguntó qué podría haberlos llevado hasta aquel tranquilo valle de las Marcas que suponían el límite fronterizo entre Inglaterra y Gales.

No podría decir con seguridad la nacionalidad de aquellos hombres; uno tenía la piel mucho más clara que el otro, pero los dos poseían un aire de extranjeros que la llevaban a pensar que ninguno de los dos era inglés. Se preguntó si serían sarracenos, porque uno de ellos parecía provenir de algún lugar de Oriente, ¿pero qué podrían estar haciendo allí? Su padre, lord Robert Melford, negociaba a veces con gentes de otras tierras, pero no le parecía que estuvieran allí para ver a su padre. Diría más bien que llevaban una buena distancia recorrida a juzgar por el polvo de sus botas y las ropas del hombre de piel oscura estaban salpicadas de unas marcas parduscas que a Anne le parecieron barro, ¿o sería sangre?

Se quedó pensando unos minutos en aquellos dos desconocidos mientras atravesaba la pradera en dirección a su casa. Las flores silvestres crecían por doquier entre los altos tallos de hierba que se había dejado crecer y más avanzado el año se segaría para que sirviera de heno. Sin embargo, nada más entrar en el patio de armas de la mansión de su padre vio a varios hombres a caballo que acababan de llegar, uno de ellos su hermano mayor, Harry, o sir Harry después de que el rey Enrique lo nombrara caballero tras las boda del príncipe Arturo. Lamentablemente, el príncipe había fallecido pocos meses después de casarse. El heredero del rey era ahora el príncipe Enrique y se hablaba de la posibilidad de que se desposara con la viuda de su hermano.

El tedio la abandonó nada más ver a su hermano. Harry era unos años mayor que ella, era mellizo de Catherine, y se pasaba todo el tiempo en la corte o

encargándose de los asuntos del rey. Hacía seis meses que no los visitaba.

—¡Harry! ¡Harry! —gritó Anne, recogiéndose las faldas con una mano para poder correr más deprisa, sin hacer caso al hecho de que con ello dejaba al descubierto sus preciosos tobillos.

Anne era ciertamente una joven muy hermosa. Su pelo tendía a aclararse con el sol y en esos momentos era del color del maíz maduro, más claro que el tono cobrizo de su hermano o el más rojizo de la madre de ambos. Sus ojos eran azul verdosos, que se tornaban de un verde profundo cuando se enfadaba, o eso era lo que decían sus hermanos, que los comparaban con los de un gato. Era delgada, fogosa y llena de vida, y poseía un carácter fuerte que se esforzaba por ocultar para complacer a su madre.

—¡Anne! —Harry se volvió hacia ella con una sonrisa. Había madurado en los últimos años y se había convertido en un hombre de poderosa presencia, fuerte e influyente en la corte, demasiado ocupado para pensar en su hogar y su familia—. Cada vez que te veo estás más bonita.

—Si apenas vienes por aquí —lo acusó Anne, aunque con una sonrisa en los labios pues se alegraba mucho de verlo—. Estás demasiado ocupado con tus poderosos amigos de la corte. Madre me dijo ayer mismo que ha perdido la esperanza de que algún día sientes la cabeza.

—Entonces tal vez le alegre conocer las noticias que traigo —dijo Harry con una inmensa sonrisa—. Tengo intención de tomar esposa muy pronto. Viviremos en la corte un tiempo, pero en cuanto ten-

gamos hijos mi dama tal vez prefiera vivir en una casa de mi propiedad. A padre le agradará saber que he conseguido unas tierras a no más de treinta leguas de Shrewsbury.

—Eso está lo bastante cerca como para que podamos ir de visita a menudo —dijo Anne y a continuación suspiró—. Me alegro de que por fin vayas a casarte, Harry. Ojalá yo estuviera comprometida.

Harry dejó escapar una suave risa ante la impaciencia de su hermana.

—No te aflijas, Anne. Todavía eres muy joven. Me atrevería a decir que padre te llevará a la corte antes de que pase otro año.

Anne enlazó el brazo con el de él y le sonrió conforme entraban en la casa. Los hombres de Harry se quedaron atendiendo los caballos y el equipaje. Ahora Harry viajaba con una comitiva de al menos diez hombres de armas y los sirvientes necesarios para atenderlos a todos ellos.

—A veces tengo la sensación de que me quedaré soltera para toda la vida —dijo poniendo un mohín enfurruñado—. Pero cuéntame más cosas, hermanito. ¿Cómo se llama esa dama tuya y dónde vive?

—Se trata de *mademoiselle* Claire St. Orleans —respondió Harry bajando la vista para mirar a su hermana, que le llegaba al hombro. Con su metro ochenta y dos y sus anchos hombros, Harry era un gigante entre la mayoría de los hombres y muy atractivo—. La verdad es que no sé si me aceptará. Sólo nos hemos visto tres veces. Una en la corte, durante un baile de máscaras al que asistió con su padre, y dos en París, cuando me encontraba allí en asunto oficial en nombre

del rey. Vive en el valle del Loira y hasta allí tendré que viajar si quiero pedir su mano en matrimonio.

—¿Es francesa? —Anne se mostró sorprendida y curiosa. Se preguntó qué pensarían sus padres—. ¿Y es noble?

—Su padre es un *compte* —contestó Harry—. Es muy hermosa, Anne. Tiene el pelo de un color parecido al tuyo, pero sus ojos son azules. Es de naturaleza amable y bondadosa, y la amo. Me ha llevado mi tiempo decidir si pedirle que se case conmigo o no, porque tendría que abandonar su hogar y venir a vivir a Inglaterra. No estoy seguro de que quiera dejarlo todo por mí.

—Si te ama, no lo considerará un sacrificio —le dijo Anne—. Yo estaría dispuesta a ir a cualquier parte por el hombre que amara.

—Claire no es como tú —contestó Harry—. Tú eres más audaz… hasta temeraria diría yo, por lo que recuerdo de cuando eras niña.

—No le haría falta coraje alguno para casarse contigo —dijo Anne y se echó a reír—. Si pudiera hablar con ella unos minutos, yo me ocuparía de disipar cualquier duda que pudiera albergar respecto a convertirse en tu esposa…

Harry asintió en silencio, pero parecía pensativo cuando entraron en el salón donde el resto de la familia se había congregado a juzgar por el sonido de las voces que de allí provenía.

—Deberíamos descansar —dijo Hassan, mirando a su acompañante, que pese a haber soportado su

dolor estoicamente, parecía exhausto—. Habría que cambiarle el vendaje a esa herida. Ha vuelto a sangrar, milord.

Stefan lo miró ceñudo. Jamás encontraría amigo más fiel que Hassan en todos los reinos de la Cristiandad, aunque fuera un sarraceno y un impío. Llevaban diez años peleando codo con codo como mercenarios, unidos con un vínculo de sangre y amistad desde que rescatara a Hassan del esclavista que lo habían apaleado y torturado.

—He estado peor —respondió Stefan con un gruñido, maldiciendo el momento en que se había permitido confiar en una embustera. Sin duda, le debía la vida a Hassan por su oportuna intervención—. Las mujeres son el demonio encarnado, Hassan. Recuérdamelo la próxima vez que tenga intención de atender la súplica de ayuda de una mujer.

Hassan sonrió ampliamente mostrando una hilera de dientes blancos en contraste con el tono de su piel. Viendo la parte superior de su rostro nadie adivinaría las horribles cicatrices que poblaban la parte inferior… cicatrices que sir Hugh le había infligido muchos años atrás, cuando éste lo tuvo como esclavo.

—Demonios ciertamente, amigo mío —convino Hassan—. Pero más dulces que la miel entre los almohadones de seda de la cama de uno.

Stefan entornó los ojos al pensar en la hermosa mujer que lo había atraído hacia su habitación con cuentos sobre su cruel tío. Poco sabía él por entonces que el hombre que según la mujer la tenía prisionera en espera de una recompensa era sir Hugh, cuando la realidad era que ella había conspirado con él para cap-

turar al hombre que, al parecer, ambos odiaban. Sabía que sir Hugh tenía suficientes motivos para odiarlo, pero no alcanzaba a imaginar la necesidad de Madeline de vengarse de él. Y dudaba mucho que llegara a descubrirlo ahora que yacía muerta en el suelo de su habitación, asesinada a manos del hombre que le había pedido ayuda. Sin embargo, Stefan sentía que él también había tenido que ver en su muerte, puesto que la había lanzado contra sir Hugh en su intento de escapar del hombre que pretendía matarlo. Stefan pensaba que jamás olvidaría el grito de la mujer cuando sir Hugh le clavó su espada en el estómago. Pese a que ésta hubiera intentado atraparlo, él jamás haría daño a una mujer intencionadamente, y la violenta muerte que había sufrido pesaría sobre su conciencia.

—Más dulces que la miel, más peligrosas que los dientes de una serpiente —convino Stefan—. Gracias a ti, sir Hugh no volverá a causarnos más problemas, pero su primo…

Hassan asintió. Los dos sabían que era probable que fuera lord Cowper quien hubiera ordenado la muerte de Stefan.

—La muerte de sir Hugh incrementará la lista de motivos por los que quiere verme muerto —añadió Stefan.

—Es una pena que el rey inglés no te concediera audiencia, milord —dijo Hassan mientras Stefan desmontaba—. De haberlo hecho, podrías haber dejado en evidencia a Cowper como el demonio asesino en que se ha convertido.

—Cuando mi padre me repudió, hice el voto de que jamás regresaría a las costas de Inglaterra —dijo

Stefan—. Me fui de aquí jurando que nunca lo perdonaría por haber creído las mentiras de Cowper. Mi padre confiaba en él y ahora Cowper posee todo aquello que le perteneció a mi padre, mientras éste se pudre en el cementerio de la iglesia. Yo tengo su título, puesto que nadie puede desposeerme de eso, pero sus tierras se han perdido, robadas mediante engaños y artimañas. De haber regresado hace años, tal vez hubiera podido salvar a mi padre de la trampa que le tendieron en sus años de declive. A medida que su cabeza se fue sumergiendo en la oscuridad, le arrebataron todo lo que tenía, aunque existen escrituras de propiedad y cartas que demuestran que la tierra fue vendida y el dinero perdido en negocios fallidos. Respóndeme a una cosa: ¿quién pudo guiar la mano de un anciano para que despilfarrara lo que había heredado por nacimiento?

—Lord Cowper tenía mucha influencia sobre tu padre —respondió Hassan—. Contamos con el testimonio del administrador de lord Montfort, quien tiempo después fue despedido acusado de ciertas fechorías y condenado a morir de hambre.

—Edmund no robaría a mi padre ni media hogaza de pan —dijo Stefan—. Pero Cowper es un hombre taimado. Le resultó fácil convencer a mi padre de que yo asesiné a mi hermano a sangre fría. Encontré a Gervase tendido en el suelo en el bosque, maniatado y degollado. Sé que fue sir Hugh o el propio Cowper quien asesinó a mi hermano, pero como Gervase y yo habíamos tenido una agria pelea aquella misma mañana, mi padre eligió creerme culpable. Me repudió, me dijo que abandonara Inglaterra o él mismo me entre-

garía al rey para que hiciera justicia. Si pudo creer algo así de su hijo mayor, cuánto más fácil resultaría que lo convencieran de que su administrador le había estado robando durante años.

Le palpitaba un nervio en la sien al hablar. La injusticia que se había cometido contra él cuando era más joven todavía le escocía. Así que había tomado su espada y un caballo, y había abandonado su hogar en los límites del bosque de Sherwood, encontrando un barco que partía hacia Francia. Recorrió muchas tierras, ofreciendo su espada por dinero a todo aquél que necesitara su ayuda, ya fuera mercader o príncipe. Se enriqueció con el botín de la guerra y no era por dinero por lo que había regresado a Inglaterra. Sus esperanzas de reconciliarse con su padre se habían visto aplastadas al enterarse de que había muerto y para colmo había descubierto que lord Cowper poseía todo lo que, por derecho, le correspondía a él.

El rey Enrique le había denegado audiencia. Precedido por su reputación de mercenario, no había querido ni siquiera oír lo que tenía que decirle. Su padre lo había repudiado y Cowper tenía en su poder las escrituras de las tierras y la casa, firmadas y atestiguadas por un hombre de impecable carácter, sir Hugh Grantham. Cómo se habría sentido el rey de haber sabido que mientras él se encontraba de peregrinación por Tierra Santa, sir Hugh había asesinado, violado y vivido como un esclavista, enriqueciéndose a base de unos bienes conseguidos con malas artes. Y lo más condenatorio aún: la sospecha de que sir Hugh recibía dinero de España, y por tanto era enemigo de Inglaterra. Desde que muriera la reina Isabel, las rela-

ciones entre los dos países no eran lo cálidas que una vez fueron.

Stefan sabía que sus acusaciones de asesinato y engaño caerían en saco roto en cuanto el rey Enrique le denegó una audiencia privada. Lo cierto era que las tierras de Inglaterra significaban poco para él, puesto que era dueño de un hermoso *chateau* y extensas tierras en Normandía, en gran parte concedidas por el rey francés en pago por lo mucho que había ganado en oro y plata. Era la amargura de saber que su padre había muerto desatendido y maltratado, y las mentiras con que a él lo habían apartado de lo que era suyo por nacimiento lo que le roía las entrañas y despertaba en él aquella tremenda sed de venganza.

Stefan desmontó con actitud pensativa. Uno de sus enemigos estaba muerto, pero aún le quedaba otro, tan maligno como una víbora y el doble de peligroso. No le resultaría fácil acceder a lord Cowper, que no salía de los confines de su mansión, protegido por un ejército de sirvientes y hombres armados, temeroso de la venganza que se cernía sobre él mientras Stefan siguiera vivo. Se sentiría más decidido a intentar acabar con su enemigo ahora que sir Hugh había muerto.

Stefan se sentó en el suelo, la espalda apoyada en un árbol mientras Hassan examinaba la herida y le aplicaba un ungüento preparado por especialistas árabes. Se habían visto obligados a entablar feroz batalla en su huída de la casa, durante la cual Stefan había sido herido en el costado, una herida mucho más dolorosa que el rasguño que sir Hugh le había hecho en el muslo.

—Te servirá para unas cuantas horas —dijo Hassan,

apretándole bien el vendaje—, pero es necesario que un médico vea esta herida.

—No confío en nadie en este país; los médicos aquí son unos ignorantes, encorsetados por las convenciones —masculló Stefan, apretando los dientes de dolor—. Es preciso regresar a casa, a Francia, Hassan. No puedo pelear en estas condiciones. Necesitamos más hombres y debemos andarnos con cuidado. Aquí la ley protege a Cowper. Quiero que pague por sus crímenes, pero tengo que encontrar la manera de demostrar su culpabilidad. Debo hallar pruebas fehacientes y a alguien que cuente con el favor del rey para que se las haga llegar, o que me ayude al menos a conseguir una audiencia.

—Sí, pero primero tenemos que llegar a la costa y encontrar un barco —dijo Hassan—. Reposarás más en casa, en Normandía. Una vez que estés curado, ya encontraremos la manera de vengarnos por lo que te han hecho.

—Quiero justicia para mi padre —contestó Stefan—. Si no, su rostro me perseguirá en sueños para siempre. Sir Hugh está muerto y creo que fue él quién mató a mi hermano, pero es Cowper quien posee las tierras de mi padre —sus ojos eran tan fríos como el mar del Norte—. Juro por todo lo que amo que pagará con su vida algún día…

Anne oyó la voz de su padre cuando se detuvo fuera de sus aposentos. Sabía que Harry estaba con él y que llevaban hablando mucho rato. Lord Melford estaría encantado con las noticias de que su hijo había

decidido casarse, ¿pero le complacería de igual forma saber que la futura novia era francesa?

Anne llamó a la puerta con los nudillos y la invitaron a entrar. Su padre la miró y elevó las cejas.

—Tu madre te envía a decirnos que la comida está servida para que nos lleves al comedor, ¿me equivoco?

—Sí, padre. Madre dice que la cena está lista y que quiere hablar con Harry.

—En otras palabras, ya te he entretenido bastante, Hal —dijo su padre a su hermano con una sonrisa—. No debemos hacer esperar a lady Melford ni un segundo más. Seguro que quiere que le cuentes todo sobre la adorable dama a quien vas a pedir matrimonio.

Anne se dio cuenta de que su padre se alegraba por el matrimonio. No le importaba que lady Claire St. Orleans fuera francesa. Le alegraba saberlo, porque no deseaba ver a su hermano decepcionado.

Lord Melford contempló a su hija.

—En cuanto a ti, señorita, tu hermano me ha pedido algo y he de decir que me siento inclinado a concedérselo, pero tenemos que preguntarle a tu madre antes. Puede que ella no esté de acuerdo en que acompañes a Harry a buscar a su lady Claire para traerla a casa.

—¿Acompañar a Harry? —Anne sintió que se le aceleraba el pulso por la emoción y miró a su hermano—. ¿Hablas en serio? ¿De verdad puedo ir a Francia contigo?

—Padre ha dado su permiso siempre y cuando madre esté de acuerdo —dijo Harry con una inmensa sonrisa—. Pensé que sería buena idea que Claire conociera a alguien de la familia, alguien con una buena opinión de mí que sepa cómo convencerla de

que soy de fiar. Es posible que me rechace de otra manera.

—Oh, Harry, gracias —exclamó Anne, presa de la excitación—. Me encantaría.

—Bueno, habrá que preguntarle a tu madre antes —dijo lord Melford, aunque su gesto era indulgente—. De no haber sido por las circunstancias, ya te habría llevado a la corte por lo menos una vez, Anne. Tal vez sea beneficioso para ti ver algo de mundo fuera de estas paredes y este pueblo. Tenemos unos vecinos excelentes, pero no hay muchos hombres casaderos de tu edad. Es posible que conozcas a alguien dentro de la comitiva de Harry. A tu regreso de Francia, irás con él a Londres, y harás tu aparición largo tiempo demorada. Lady Melford y yo nos reuniremos allí con vosotros. Regresaremos todos juntos para la boda.

La sonrisa de Anne le iluminó los ojos. Era lo que siempre había deseado, una aventura que la llevara a una tierra lejana. Durante un tiempo había soñado con visitar Londres, pero Francia evocaba fantasiosas imágenes en su mente, aunque poco más sabía de ese país que lo que Harry le había contado sobre la corte francesa. Era uno de los cortesanos que disfrutaba de la confianza del rey Enrique y había visitado varios países al servicio de su majestad. Sabía que hablaba tanto francés como español con fluidez, por lo que no le sorprendía tanto que hubiera elegido una dama francesa.

—Estoy tan contenta de que me lleves contigo, Harry —le dijo con gran expectación—. ¡Eres el mejor de los hermanos!

—Espero que se lo digas a Claire —contestó Harry—. Os he traído regalos a madre y a ti. Están en

mis alforjas. Es una suerte que la feria empiece mañana, porque así podrás ponerte un vestido nuevo antes de que partamos, Anne.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Anne.

—Dentro de tres días —respondió su hermano—. Tengo un mes antes de volver a la corte. Sé que Enrique tiene más asuntos que encargarme, pero me ha concedido permiso para venir a casa y traer a mi futura esposa… si es que acepta. Será necesario que pase algún tiempo en el hogar familiar de Claire, y si nos casamos querré disfrutar de un tiempo a solas con ella antes de retomar mis obligaciones, por eso cuanto antes partamos, mejor.

—¿Cómo va a rechazarte? —preguntó Anne. Le sorprendía y emocionaba que su hermano quisiera que lo acompañara—. Cuando le diga lo amable y generoso que eres estará deseando casarse contigo.

Al volver a casa después de haber pasado la tarde en la feria, llegó a Melford la noticia del terrible asesinato que había tenido lugar en Shrewsbury.

—Lady Madeline Forester y su tío, sir Hugh Grantham, han sido brutalmente asesinados —dijo lord Melford a su familia—. Los hombres de sir Hugh trataron de impedir que los asesinos escaparan y consiguieron herir a uno, pero, lamentablemente, esos bribones escaparon.

—Es horrible —dijo Melissa mirando a su esposo con sus ojos oscuros llenos de incredulidad—. ¿Cuándo ocurrió algo tan espantoso?

—Debe de hacer dos días —respondió Rob.

—¿Y se conocen los nombres de esos asesinos?

—El mensajero no lo ha dicho. Al parecer uno de ellos tenía la piel oscura. Tal vez fuera un sarraceno. Desde luego provenía de Oriente y el otro podría ser francés o español. No parecía inglés, según me dijo, pero tal vez no signifique nada.

—No sentía mucho cariño por sir Hugh —dijo Melissa, frunciendo ligeramente el ceño—. Pero lady Madeline era una mujer muy agradable, aunque sólo la hubiera visto una vez en mi vida. Según tengo entendido, su hermana mayor se quitó la vida hace unos años. Algo trágico. Creo que esperaba un bebé.

—Estaba prometida con Gervase Montfort —dijo Rob—. Pocos sabían del acuerdo, porque creo que no se hablaba de ello, pero a él lo asesinaron. Hay quienes dicen que fue su propio hermano, aunque yo siempre me he preguntado si no habrá algo más en esa historia. Sea como fuere, Stefan Montfort abandonó Inglaterra y así se silenció el escándalo. Ahora sería lord Montfort puesto que su padre ha muerto, aunque no queda ya nada de sus posesiones. Lord Cowper lo compró todo cuando el anciano perdió su fortuna.

—Una historia triste, padre —dijo Anne con un escalofrío—. Y ahora lady Madeline ha sido asesinada y su tío con ella… ¿quién podría hacer algo tan horrible?

—Tal vez fueran ladrones —respondió Rob—. No conozco a nadie que responda a la descripción de esos hombres. Tal vez sólo estuvieran por aquí de paso. Dudo mucho que sean de aquí.

Anne recordó a los dos desconocidos que había visto el día que llegó Harry. Se preguntó si debería

decirle algo a su padre, pero finalmente decidió no hacerlo. Aunque se tratara de los hombres que habían asesinado a lady Madeline y a su tío, ya estarían bien lejos a esas alturas, y tampoco estaba segura de que hubieran estado en las cercanías de Shrewsbury… aunque parecía que venían de allí. Decidió no decir nada. Si los dos viajeros habían pasado de largo, sería mejor no prestarles atención y no volver a verlos, porque si era cierto que habían matado brutalmente a una dama y un caballero, podrían hacer lo mismo con cualquiera que se cruzara en su camino.

La costureras se habían pasado la noche en vela terminando el vestido nuevo de Anne, fabricado en una tela de seda de color verde esmeralda oscuro que le sentaba muy bien. No se lo pondría para el viaje, sino que lo reservaría para cuando llegaran al *chateau* del conde en Francia. Lo había guardado en su baúl con el resto de sus efectos personales que había sido cargado en el carro del equipaje que había partido horas antes. El fin era ganar tiempo al resto de la comitiva y esperar a sus componentes en el punto de encuentro acordado cuando éstos llegaran.

Anne abrazó a su madre emocionada por el viaje, dándole las gracias por dejar que acompañara a Harry en busca de su futura esposa. Para ella era toda una aventura, puesto que después partiría hacia la corte a su regreso a Inglaterra y quién sabía qué podía suceder entonces. ¡Hasta era posible que conociera a algún apuesto caballero en Francia!

—Sé consciente de que vas con tu hermano y no

olvides tus modales —dijo Melissa al tiempo que besaba a su hija en la mejilla—. A veces te comportas de forma precipitada, querida, aunque sé que tienes buen corazón.

—Te prometo que haré todo lo que tú querrías que hiciera —contestó Anne, su adorable rostro serio. Era la primera vez que se separaba de su madre y se dio cuenta de que iba a echarla mucho de menos, y también a su hermano pequeño—. No haré nada que pueda avergonzaros a padre o a ti.

—Sé que le has dado muchas vueltas a la idea del matrimonio, pero elige con cuidado a quién das tu corazón —advirtió Melissa—. Yo tuve la fortuna de encontrar a tu padre y Catherine es feliz con Andrew. Deseo que tú también seas afortunada en tu matrimonio, cariño.

—Tendré cuidado, querida madre —prometió Anne—. Una vez creí que mi corazón tenía dueño, y que algún día me pediría en matrimonio, pero no ha sido así y seré más cuidadosa en el futuro.

El lacayo de Anne se acercó y la ayudó a montar en su palafrén. Se dio cuenta de que Harry estaba esperándola y se separó de su madre. Agitó la mano en señal de despedida con los ojos húmedos; separarse de ellos era más difícil de lo que había imaginado. Sin embargo, al cabo de unas horas de viaje, las sombras se disolvieron y la expectación se apoderó nuevamente de ella.

Se detuvieron a pasar la noche en una posada que Harry conocía y les dieron las mejores habitaciones. La doncella de Anne durmió en una carriola junto a la cama de Anne, que al principio no podía dormir con sus ronquidos.

Cuando Anne se despertó, su doncella seguía roncado suavemente. Anne se deslizó fuera de la cama y miró por la ventana. Justo en ese momento vio a dos hombres a caballo. Parecía que se marchaban después de haber pasado la noche en la posada, aunque no los había visto en ningún momento. Era tarde cuando la comitiva llegó y Anne se había ido directa a la cama. Había algo familiar en los dos viajeros, pero tardó unos minutos en recordar a los desconocidos que había visto en el pueblo. ¡El hombre que parecía provenir de Oriente y el de los ojos gélidos!

¿Eran dos crueles asesinos? Anne se estremeció cuando se le ocurrió que podrían haberla asesinado mientras dormía. Afortunadamente, al momento se impuso el sentido común. Seguía viva y por lo que ella sabía nadie había sufrido ataque alguno durante la noche. Tal vez aquellos viajeros fueran inocentes y había hecho bien al no mencionar sus sospechas.

Continuaron viaje después de desayunar en la sala común de la posada. Todo parecía tranquilo y el posadero se comportaba con la misma amabilidad risueña de la víspera. Estaba claro que no había ocurrido nada malo en el establecimiento y Anne se olvidó de los dos hombres. Le interesaba más admirar el paisaje.

Cuando llegaron al puerto al tercer día de viaje, Anne se alegró de ver la posada en la que se hospedarían esa noche. No estaba acostumbrada a cabalgar tanto y, aunque no se lo habría dicho a su hermano, le dolía la espalda y estaba cansada. Era una hora tardía para ver demasiado, pero los altos mástiles de un

barco se divisaban perfectamente en el pequeño muelle. Pese al cansancio, Anne estaba impaciente. Nunca había estado en un barco antes y tenía la sensación de que iba a ser una gran aventura.

—No te preocupes mucho si ves que te mareas un poco al principio —dijo Harry antes de separarse de ella esa noche—. Les pasa a muchas personas, Anne, pero con buen tiempo no es tan malo. Lo realmente desagradable es cuando el mar se pone bravo.

—Espero que no me ocurra, porque quiero pasar todo el tiempo que pueda en la cubierta —le dijo a su hermano con los ojos brillantes de entusiasmo—. Es la primera vez que estoy en el mar, Harry, y ya me encanta su olor. Estoy desando que llegue la mañana.

—Desayunaremos a las seis, antes de que la marea baje demasiado —Harry le sonrió—. Que descanses, hermanita. No temas. No me iré sin ti.

Anne se lo agradeció, y se fue directa a la cama. Estaba tan agotada que se durmió enseguida.

Despertó al amanecer y ya estaba vestida cuando su hermano llamó a su puerta. Anne abrió y sonrió. Estaba ansiosa por que comenzara la siguiente parte de su viaje. Seguro que deslizarse en un barco sobre las olas del mar sería menos cansado que cabalgar durante leguas.

Era interesante observar a la gente que subía a bordo. Cuando llegaron, los estibadores estaban metiendo la carga que transportaría el barco: balas de lana inglesa de buena calidad que venderían en Francia a cambio de encajes, vinos y otros artículos. Anne se mostró reticente a bajar a su camarote, pero Harry insistió en que allí estaría más segura hasta que

zarparan. La tripulación estaba ocupada y los pasajeros no serían más que una molestia hasta que hubieran acabado con las tareas portuarias.

Anne bajó al camarote que se le había asignado. Era pequeño y estaba mal ventilado y no paró quieta hasta que el barco empezó a moverse y Harry bajó a decirle que podía subir a cubierta.

—Hay marineros que se muestran supersticiosos respecto a tener mujeres a bordo —le explicó su hermano mientras observaban desde la cubierta cómo se alejaban las costas de Inglaterra—. Me pareció que sería mejor que te quedaras abajo hasta que hubiéramos zarpado, porque con tanta actividad a veces se producen accidentes en cubierta. Madre no me lo perdonaría si te ocurriera algo, Anne.

—¿Por qué iba a ocurrirme algo? —preguntó Anne, echándose a reír a continuación. Estaba encantada con la vida. El mar estaba en calma y el cielo era de un brillante color azul—. Has sido tan bueno trayéndome contigo, Harry. Me encanta estar en el mar. ¡Qué emocionante es todo!

—Tenemos suerte con el tiempo —dijo Harry mirando al cielo—. He oído a uno de los marineros que esperaban tormenta antes de la noche, pero no me parece probable con un cielo tan azul.

—¿Tormenta? —Anne sacudió la cabeza—. Estoy segura de que se confunde, Harry. Hace un precioso día de verano. ¿Cómo va a haber tormenta?

Anne se preguntaba cómo era posible que el tiempo hubiera cambiado tanto tan rápidamente. En un

momento el cielo era completamente azul y al siguiente las nubes habían empezado a apelmazarse. Pequeñas y esponjosas al principio, gradualmente habían ido formando una densa mancha gris. A medida que la tarde había ido avanzando, empezó a levantarse viento y el mar se encrespó. Las olas fueron haciéndose más y más grades hasta que cuando la luz del día hubo desaparecido, zarandeaban ya el barco como si se tratara de un juguete en las manos de un gigante.

La mayoría de los pasajeros habían ido a refugiarse en sus camarotes y Anne había visto vomitar a varios por encima de la barandilla de cubierta. Se preguntaba si también ella se pondría así, pero parecía inmune al mareo que otros estaban sufriendo.

—¿No crees que estarías mejor abajo? —preguntó Harry al ver que la tormenta empeoraba, notando la capa de agua pulverizada que las olas lanzaban sobre cubierta.

Anne movió la cabeza negativamente. El viento le agitaba el cabello de manera que podía saborear la sal que flotaba en el ambiente húmedo, pero la tormenta le parecía una aventura estimulante. Estaba preciosa, rodeada de un halo de temeridad que hizo reír a su hermano.

—Preferiría quedarme aquí si puedo —contestó—. El ambiente en el camarote está viciado, Harry. Creo que me marearía seguro de quedarme allí. Me gustaría quedarme en la cubierta todo el tiempo posible.

Harry la miró dubitativamente.

—No estoy seguro de que sea lo más adecuado —dijo él justo en el momento en que una ola enorme se

abalanzaba sobre el barco. Agarró a su hermana y la sostuvo mientras el agua entraba en el barco por un lateral. El barco se inclinó y la fuerza del agua soltó las cuerdas que amarraban parte de la carga, que comenzó a deslizarse por la cubierta hacia ellos.

—Deberíamos bajar —añadió Harry, ayudando a Anne a esquivar las cajas sueltas, con tan mala suerte que una de las cuerdas lo alcanzó e hizo que cayera al suelo. Harry salió despedido hacia la barandilla. Anne gritó y echó a correr tras él, pensando que podría caerse por la borda.

—Harry… —gritó—. Harry…

Harry se agarró a un gancho de hierro que se utilizaba para asegurar las cuerdas y se sujetó a él mientras otra monstruosa ola se abalanzaba sobre ellos. El barco se inclinó hacia un lado, escorándose peligrosamente al absorber tanta agua. Anne se encontraba en medio de la cubierta y la fuerza de la ola la derribó. El agua la arrastró por toda la cubierta haciendo que se golpeara la cabeza con fuerza contra algo. Anne perdió la consciencia y quedó a merced de la tromba.

—Anne… oh, Dios mío, Anne —gritó Harry luchando por ponerse en pie. Gritó pidiendo ayuda conforme corría hacia donde había visto a su hermana por última vez, escudriñando la oscuridad. Cajones de madera y otros objetos del barco flotaban en el agua. La tormenta había arrancado uno de los mástiles.

—Anne… Anne… —Harry miró por la borda con desesperación, oteando la superficie—. ¡Socorro! ¡Hombre al agua!

La mayor parte de los marineros estaban demasiado ocupados plantando cara a la tormenta que estaba

destrozando su barco para prestar atención al grito de socorro, pero un marinero joven se acercó a la barandilla.

—La he visto caer —le dijo a Harry—. La fuerza del agua la arrastró y debió de golpearse la cabeza. Probablemente se haya hundido, y aunque no fuera así, jamás la encontraremos con este tiempo. Se ha hundido en el fondo del mar.

—¡No! No puede haberse ido —dijo Harry—. Tenemos que encontrarla. Tenemos que recuperarla. Es mi hermana. Mis padres jamás me lo perdonarán… —Harry lanzó un grito desesperado al tiempo que levantaba un pie y lo colocaba sobre la barandilla como si fuera a lanzarse al mar tras Anne—. Tengo que encontrarla.

—¡Detenedlo! —gritó el joven marinero—. No sirve de nada, señor. Se ha ido… jamás la encontraréis —el hombre sujetó a Harry, intentando denodadamente impedir que perdiera la vida arrojándose en busca de su hermana—. Ayudadme… —gritó y un par de marineros acudieron a su llamada. Al ver que Harry estaba fuera de sí por la preocupación y nadie podría detenerlo, uno de ellos agarró un palo y lo golpeó en la cabeza de manera que éste cayó sin sentido en la cubierta—. ¿Por qué lo has hecho? —preguntó el joven marinero.

—Estará mejor abajo hasta que haya pasado la tormenta. No puede hacer nada por la muchacha. Debería haberla llevado a los camarotes antes de que la tormenta alcanzara su punto culminante. No tenemos tiempo para preocuparnos ahora por esto si no queremos acabar todos en el fondo del océano. La

chica ha desaparecido… ¡olvídate de ello y ponte a trabajar o probarás el látigo del contramaestre!

La tormenta pasó sin dejar rastro. Empujado hacia el sur por la furia del viento, el barco francés, Lady Maribelle, había buscado refugio tan pronto como estalló la tormenta y capeado lo peor del temporal. Ahora volvía a hacerse a la mar en dirección a las costas de Normandía. Hassan estaba en la cubierta, mirando hacia el litoral. Fue el primero que vio los restos que el agua aún picada traía consigo. Se hizo sombra con la mano con el fin de ver mejor. No era inusual que después de una tormenta como la que habían tenido la pasada noche algún barco hubiera volcado y se hubiera hundido. Gritó a un miembro de la tripulación y señaló con la mano. Más gente se apelotonó en la barandilla del Lady Maribelle, observando lo que bien parecían ser restos de un naufragio. Era evidente que un barco había perdido parte de la carga y de un mástil.

—¿Qué es eso? —preguntó Stefan al ver lo que parecía un cuerpo medio desnudo—. ¡Hombre al agua! Hay alguien entre los restos.

Voces de excitación le respondieron y se decidió echar un bote al agua. Todos sabían que quienquiera que fuera tenía más posibilidades de estar muerto que vivo, pero todos los hombres que había a bordo se mostraron más que dispuestos a ayudar al rescate. Vivían junto al mar y, a veces, morían en él, y si había una posibilidad, por pequeña que fuera, de que el hombre estuviera vivo, harían todo lo posible por él, porque cualquier día podía tocarles a uno de ellos.

Hassan y Stefan se unieron a los voluntarios. Otros seis miembros más de la tripulación fueron con ellos en el bote. Apenas tardaron unos minutos en alcanzar los restos y conforme se acercaban, el silencio cayó sobre los hombres: eran plenamente conscientes de que el cuerpo pertenecía al de una joven. El mar le había arrancado la mayor parte de la ropa y en esos momentos sólo una delgada camisola cubría la parte inferior de su cuerpo, pero los pechos quedaban expuestos a sus ojos y a los elementos.

Stefan bajó del bote y recuperó el cuerpo. Tenía los miembros enredados entre las cuerdas sujetas al mástil y eso era lo que la había mantenido a flote. Cortó las cuerdas con su cuchillo y la llevó hacia el bote, donde un montón de ávidas manos se ofrecieron a izarla.

—¿Está muerta? —preguntó uno de los marineros—. Pobre muchacha.

—No estoy seguro —dijo Stefan—. Me ha parecido que una de sus manos se ha movido cuando la liberaba de las cuerdas. Hassan, dame tu capa, por favor. Cúbrela, por Dios, tanto si está viva como si no.

Hassan hizo lo que Stefan le pedía y la envolvió con el tejido grueso, aunque suave. En ese momento, la chica levantó lentamente los párpados y movió los labios, aunque ningún sonido salió de ellos.

—Alabado sea Alá —exclamó Hassan—. Es un milagro que las aguas no se apoderaran de ella.

—De haber estado en invierno, no habría sobrevivido a un noche en estas aguas —dijo Stefan—. Será mejor que nos demos prisa en volver a bordo. Todavía

puede morir si no hacemos que su cuerpo entre en calor.

Los marineros asintieron con un murmullo de aprobación. Era habitual que se considerara mal agüero llevar una mujer a bordo, pero nadie le iba a regatear a la pobre muchacha la oportunidad de salvar la vida.

—La gaviota, así se llamaba el barco perdido —dijo uno de los marineros al ver el nombre escrito en uno de los baúles—. No veo ningún otro superviviente ni más cuerpos. Tal vez la corriente los haya arrastrado más dentro.

—Estaremos vigilando —dijo uno de los marineros—. Pero primero la mujer. Se mantiene con vida, pero sólo Dios puede salvarla ahora.

Stefan miró a Hassan y le hizo un gesto negativo con la cabeza al ver la protesta silenciosa de éste. Los marineros eran hombres sencillos, bastante supersticiosos ya sin que alguien levantara sus sospechas. Si Hassan les dijera que la mujer viviría con los cuidados adecuados, los hombres podrían pensar que era un curandero hábil con la magia negra, sobre todo viendo el color de su tez.

—Yo cuidaré de ella —dijo Stefan. Sabía que nadie le llevaría la contraria puesto que era un noble, respetado en el país que lo había acogido—. Yo la vi primero y la he sacado del mar, de manera que es responsabilidad mía. Si todavía vive cuando lleguemos a tierra, la llevaré a mi castillo. Si se recupera, necesitará ayuda para regresar a su hogar, sea donde sea.

Le ayudaron a subir el cuerpo de la joven a bordo por una escala de cuerda hasta llegar a la barandilla